

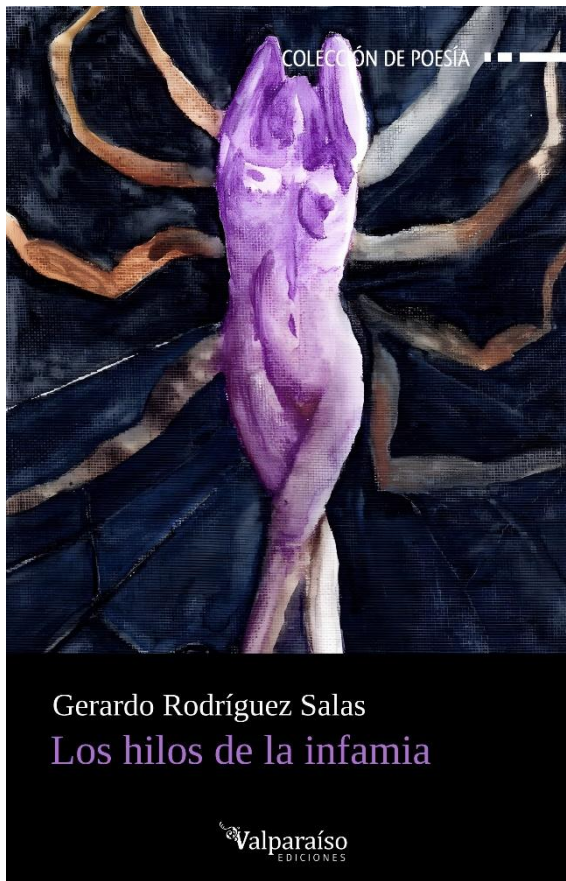
GERARDO RODRÍGUEZ SALAS

Los hilos de la infamia

Granada: Valparaíso Ediciones, 2024.

PEDRO ANTONIO FÉREZ MORA

UNIVERSIDAD DE MURCIA (ESPAÑA)



El devenir mujer: ser araña

En los poemas que componen *Los hilos de la infamia* Gerardo Rodríguez Salas mira al mundo a los ojos—pasado y presente—para constatar su ruina, pero también para abrir un resquicio de esperanza entre tanto horror. Ese resquicio no es otro que el devenir mujer. Si el mundo ha de seguir en pie, si ha de seguir siendo mundo, será en forma de sororidad. El orden patriarcal que, en general, todavía domina la realidad contemporánea no da más de sí, pues a sus abriles no les queda ya fuerza. Pero, ¿cómo será el despertar del mundo a la sororidad? Rodríguez Salas no lo sabe. Él es simplemente (como si fuese poco) el cronista de las negruras de la existencia a la par que el demiurgo del despertar a una nueva conciencia con latido femenino. El

poeta articula este despertar desde el mito de Aracne, eterna tejedora a la que Atenea transforma en araña no sólo por atreverse a narrar en sus tapices los horrores en los que los dioses del Olimpo entrampaban a los seres humanos, sino también porque tejía mejor que la propia diosa, sin importar incluso que ésta en sus telares sólo retratase las bondades de los de su estirpe.

Los hilos de la infamia da voz a Aracne, pero lo hace con una luz distinta a la habida en el mito clásico: Aracne ya no se conforma con aguantar el destino que otros (y otras—no podemos olvidar a Atenea) establecieron para ella. Aracne, trasunto de todas esas mujeres oprimidas desde que el mundo es mundo, se acerca al tapiz de la historia, pero mirando su envés, un envés en el que las mujeres no aparecen como las perdedoras, sino como la posibilidad de un futuro mejor (“admiraremos la tela del envés”, “7”). ¡Y cómo están de enfadadas las mujeres, con qué vehemencia exigen explicaciones al patriarcado! De esta exigencia da cuenta la miríada de preguntas que recorren los poemas, preguntas con las que las mujeres quieren denunciar el odio del que han sido objeto. Entre muchas otras, quizá sea esta insistencia en la pregunta una de las virtudes formales más interesantes y efectivas del poemario. Y es que estas preguntas no solo confieren un frenético ritmo a los textos, expresando una urgencia que no puede ser obviada, sino que, además, hipnotizan a quienes leemos con una inquisitorial demanda a dar respuestas desde nuestra perspectiva propia, a participar del hecho poético:

¿Quién dice que el infierno está vacío
si todos los demonios en mí habitan
bordando los festones que ornamentan
ígneas patas azarosas, célebres
un día? [...]
¿Quién me encierra en este cuerpo
sin equilibrio, quién curte mis ojos
con cristales, a quién debo mi raza? (“7”)

Los hilos de la infamia se divide en cinco partes que, a mi juicio, responden a tres movimientos claramente diferenciados. El primer movimiento lo constituyen los poemas que van del “1” al “7” y son la invocación. En ellos Rodríguez Salas incita a las mujeres a generar conciencia. El segundo movimiento, que tiene nombre de tres tipos de araña—capulina, nephila y viuda negra—, contiene en total veintidós poemas (¿o son tapices-telas de araña en los que atrapar a quien lee?) que nos presentan la situación del mundo bajo el orden del patriarcado. Los poemas incluidos en el tercer movimiento—poemas del “7” al “1”—se refieren a la potencialidad de lo que está por venir. Veamos ahora movimiento por movimiento.

Los siete poemas del primero se ven recorridos por una perentoria llamada a despertar. Bajo la batuta de Rodríguez Salas, las mujeres (alguna insignes, otras más comunes, pero todas agentes oprobiables de la historia), generan conciencia de su tragedia, pero a la vez de su poder. En “1” la hablante reprocha con su letanía que a las mujeres siempre se las ha condenado a un abril roto y a la noche. Y, aun así, nos dice, “nosotras zurciremos los abriles”. La fuerza de la sororidad, una vez despierte, tendrá el poder para enderezar el cruel abril en el que T.S. Eliot (*La tierra baldía*) enraíza el mundo distópico parido por la modernidad patriarcal. Una clarividencia similar poseen la Sibila de “2”, cuando preconiza la llegada de un nuevo orden (“*is coming! is coming!! is coming!!!*”), o la araña de “3”, que aspira a despertar a unas muy baudelaireanas musas – “[...] Hoy os invoco desde abajo,/ hipócritas lectoras. Ô vierges,/ ô démons, ô monstres, ô martyres”. El cenit del canto de conciencia se alcanza en el poema que cierra el primer movimiento (“7”). Las mujeres en él convocadas (Neith, Inanna, Eva, Hester Prynne con su escarlata letra en la frente, quienes lean los poemas en su devenir mujer), todas ellas (todas nosotras) demonizadas por el patriarcado, pues lo cuestionaron, son conjuradas por Aracne a despertar. Es una llamada absoluta, implacable:

¿Quién dice que la tierra está baldía?
¿Acaso mi tapiz no está preñado
de sueños amarillos, pesadillas
que acechan con los ojos de Argos, todos
los ojos fecundados?
[...]
[...] devanad esta bobina
de la infamia, tejed todas conmigo.

El segundo movimiento de *Los hilos de la infamia* recoge hasta veintidós poemas que, como sabemos, se organizan en tres secciones con nombre de araña. Estos poemas retratan desgraciados sinsentidos de la vida contemporánea en un claro tono crepuscular. Ante la absoluta ausencia de justicia social, Rodríguez Salas revela el presente como un fango hipócrita de atmósfera irrespirable. El presente aparece como un naufragio de los derechos humanos donde la otredad, ya sea por religión, por etnia, o por género, es sistemáticamente denigrada. El escaparate de horrores es amplio: vallas en cuyos aledaños se hacinan migrantes en condiciones terribles, mujeres obligadas a gestar para conseguir un permiso de residencia, niños y niñas modificados genéticamente para ser más eficientes, violaciones... Europa, en algunas mentes emblema de la democracia, tampoco se salva: “Europa, hoy cabalgas sobre la yerta orilla” (I). La situación es tan infame que ni siquiera Aracne, ducha como sabemos en retratar los crueles juegos de los dioses, la puede

imaginar. Ella misma lo reconoce en “II”, poema en el que se refiere a la realidad contemporánea en los siguientes términos:

sólo silencio, sólo
migajas de hedonismo y cacería,
sólo abulia, despojos, podredumbre,
esta isla de plástico no estaba
en mi lienzo, ni la soñó el telar,
ni latía en mi alcoba.

Tras el muestrario de horrores ilustrado en el segundo movimiento, en el último el poemario se abre a la posibilidad, la posibilidad de existir de otro modo, desde el sentir y el pensar femenino tan violentamente silenciado durante milenios. Este último movimiento describe una trayectoria implosiva que resulta profundamente atractiva y de la que da cuenta la numeración descendente de los poemas, que se organizan consecutivamente del “7” al “1”. En estos poemas Rodríguez Salas ya no ilustra desgracias, sino que exige responsabilidades al orden patriarcal: “¿Quién me encierra en este cuerpo /sin equilibrio, quién curte mis ojos con cristales, a quién debo mi azar? (7). El resto de poemas hasta “1” consisten ya no en exigir responsabilidades, sino en expresar la posibilidad de ser otra: “para nacer de nuevo / *et in arcadia ego*” (“6”). Al cabo, el devenir mujer ha de acercarse al mundo con otras epopeyas—“Addio, mia dolcissima mater./ Cantarás algún día otra epopeya” (“4”)—y con otros mitos—“Digámosle adiós a todos ellos/ imaginando diminutas reses/negras que embistan con vigor los mitos” (“5”). De todos los mitos a desarticular, especial atención parece prestarle el poeta al mito fundacional de occidente, el del jardín del Edén, que demonizó a Eva y, con ella, a todas las mujeres:

¿Y si fuéramos parte de un estudio,
Si tejiéramos juntas el espacio
Sin gravedad, muy lejos del jardín
y sus manzanas, si juntas hiláramos
otro mundo y dejáramos morir
el que jamás nos dio la bienvenida? (“2”)

Y con la posibilidad de ser otro, llega *Los hilos de la infamia* a su último poema. Inscribe éste un inesperado giro de excepcional valor: la araña,

encomendándose a la metalectura, se vuelve a cualquiera que esté leyendo, impeliéndole a la responsabilidad de articular el advenimiento de lo femenino:

tejemos el telón que cerrará esta obra
mientras giramos nuestros espejos
hacia vosotras
pues nuestros hilos urdirán
vuestras butacas

¿Cómo será este futuro en clave mujer? Sólo quienes leen en su devenir femenino lo pueden intuir desde lo que late en la médula de sus huesos. Pero quienes leen no están desamparados. Lo mas difícil, la hoja de ruta hasta el comienzo de la revolución, ya nos lo proporciona *Los hilos de la infamia*: Rodríguez Salas ha despertado a Aracne y a su ingente séquito de lo femenino. Atended a su ensordecedor rugido, a su curativa vibración, pues es imparable. El texto no sólo se sostiene en lo eidético, sino también en lo vibratorio. Y, creedme, esto es una proeza: ¡literatura de la vibración!—algo casi imposible. *Los hilos de la infamia* reproduce la tensión creadora de lo femenino antes de que este *ethos* comience su andadura: esa cantidad de energía, paradójica por inabarcable, concentrada en su momento de máxima potencialidad y lista para un *big bang* que alumbre un nuevo mundo, esta vez como sororidad. Declaro, y lo hago sin reserva alguna, que *Los hilos de la infamia* es un texto imprescindible para imaginar el devenir mujer.